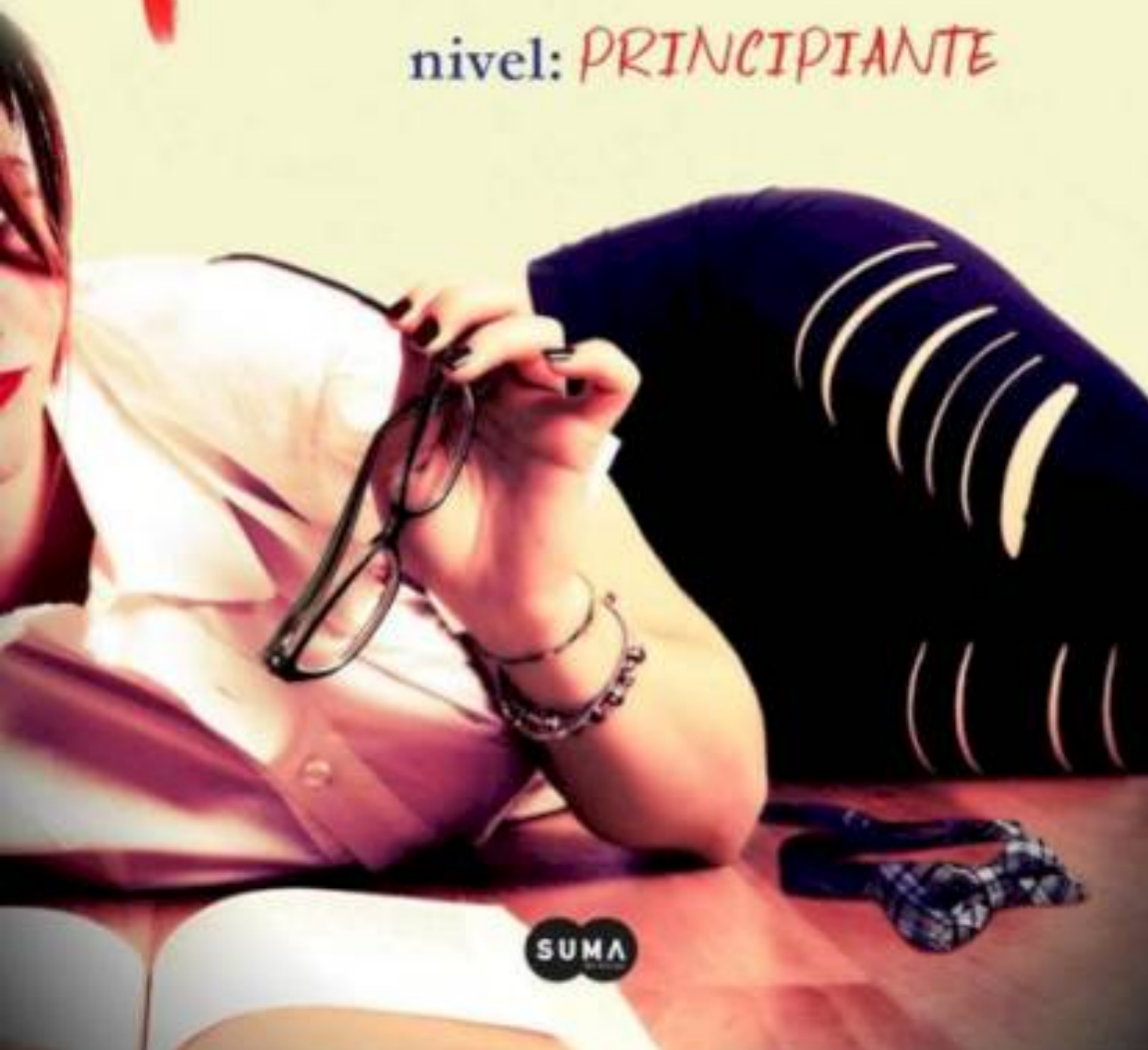


S.J. Hooks

Tú y Yo

nivel: *PRINCIPIANTE*



SUMA

S. J. Hooks

Tú y yo
Nivel: principiante

Traducción de
María del Mar López Gil



megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@Ebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

A mi familia, por aguantar mi obsesión.

A mis incondicionales fans, por alimentarla

Y un especial agradecimiento a Shelley Leveton,

Alicia Etheridge, Rebekah Adams y Lindsay McCool por su apoyo

1

Al mirar la hora, di un leve suspiro de alivio. Mi clase estaba a punto de comenzar y, por suerte, ella no había hecho acto de presencia. Por lo general, desaprobaba que mis alumnos faltaran a clase, pero por lo visto la cosa había cambiado mucho desde el inicio del semestre de primavera, cuando ella entraba con aire despreocupado en el aula, irritándome cada dos por tres. Volví a mirar

mi reloj. Hora de empezar.

Entonces la puerta se abrió bruscamente y mi buen humor se desvaneció.

Cómo iba a faltar a clase. Sería la primera vez.

Entró a la sala con su habitual aire danzarín, con unos cascos absolutamente descomunales, meneando la cabeza al ritmo de la música. ¿Acaso era mínimamente consciente de las miradas que despertaba? ¿Le importaba?

Probablemente no, dado el atuendo—por llamarlo de alguna manera— que

elegía. Las botas militares que calzaba estaban gastadas y sin lustre, llevaba unos pantis negros llenos de agujeros, una falda diminuta y, por si fuera poco, le había recortado el escote a la blusa de manga larga, de modo que el hombro le quedaba al descubierto. Mis ojos se posaron ahí, notando la ausencia de un tirante de sujetador.

Los cachas del fondo también se fijaron, y la siguieron con la mirada en su recorrido, mientras sus movimientos hacían patente que definitivamente no llevaba nada debajo de la ceñida blusa. Al levantar la vista hacia ella, nos cruzamos la mirada fugazmente. Me dedicó una amplia sonrisa con un guiño. De repente, sentí que la pajarita me apretaba el cuello y tuve que reprimir el impulso de quitármela de un tirón.

Cuando pasó como si tal cosa por delante de mi mesa, fingí que miraba la hora. Imponía demasiado a tan corta distancia... Esos labios rojos y todo ese potingue negro que llevaba embadurnado en los ojos. Era como mirar a un mimo en versión distorsionada.

Yo no entendía por qué decidía presentarse con esa facha cuando, por lo demás, era bastante mona. Tenía buen tipo, los ojos azules y grandes, y una larga y brillante melena castaño cobrizo. Pero nunca se dejaba el pelo suelto. Ese día

parecía que se había enrollado espesos mechones con una batidora antes de sujetárselos en la coronilla con un prendedor.

Su aspecto no era lo único que me fastidiaba. La chica no parecía tener ninguna consideración por el hecho de que yo fuera su profesor, ni por el decoro con el que se suponía que debía comportarse en mi presencia. A menudo me llamaba «Stephen», a pesar de que la corregía cada vez que ocurría. Yo no era «Stephen» cuando daba clase y esperaba que mis alumnos se dirigieran a mí con

el tratamiento de «profesor Worthington» o bien «señor». Ni que decir tiene que

mis expectativas se veían truncadas en lo que se refería a esa irritante joven. Ese día había sido prácticamente la pri-

mera vez que me había guiñado el ojo y yo no había tenido la menor idea de cómo reaccionar en esa coyuntura. Ella era totalmente impredecible, lo cual me ponía nervioso. Nunca dudaba en interrumpirme en clase si discrepaba en algo.

¿Y cuándo no discrepa en algo?

Jamás en mi vida había conocido a una chica tan dogmática y testaruda hasta

la exasperación. Tenía ganas de que acabase el semestre para poder perderla de

vista de una vez por todas. Era lista —eso era innegable— y yo estaba

convencido de que aprobaría la asignatura con nota alta.

Se sentó en primera fila, como siempre, y la observé mientras dejaba el bolso

en el suelo. El movimiento hizo que el escote de su blusa, de por sí holgado, se

deslizara por debajo del hombro, dejando aún más al descubierto su pálida piel.

Eso me molestó más si cabe que sus continuas interrupciones y su reprobable conducta. ¿Por qué no vestía como Dios manda? Sería una jovencita encantadora si se pusiese una falda con un largo decente y, tal vez, una blusa de seda. Pero,

por lo visto, se empeñaba en ir como una pordiosera, echando a perder sin remedio mi buen humor. A mí me gustaban el orden y la previsibilidad, y con ella en mi clase no podía disfrutar de ninguna de las dos cosas.

Se apellidaba, cómo no, «Wilde»[\[1\]](#).

La señorita Wilde se había convertido en un constante motivo de fastidio en mi horario docente de martes y viernes, por lo demás agradable, y no veía la hora de librarme de ella.

Carraspeé para avisar a mis alumnos de que la clase daba comienzo, y por una

vez se serenaron rápidamente. Yo conocía de sobra el motivo de su inusitado comportamiento: ese día íbamos a tratar la novela *Lolita* de Vladimir Nabokov.

La trama subida de tono de un hombre maduro que se enamora y mantiene

relaciones sexuales con una niña de doce años la convirtió en un clásico de todos

los tiempos en las aulas. Aún estaba prohibida en muchos lugares, y nada hacía

sentir a mis alumnos de literatura más adultos que leer libros «prohibidos».

Cuando comenzó la clase, me sorprendió ver que, por una vez, la señorita Wilde

no participaba; tomaba apuntes en silencio con un esbozo de sonrisa en el rostro.

En el transcurso del debate, un estudiante sentado al fondo comentó que el personaje principal, Humbert, era un enfermo mental que no controlaba sus actos, por lo que se merecía un poco de indulgencia.

—Pero no puedes defenderlo —replicó una chica cuyo nombre yo no

recordaba—. ¡Es un perverso consumado y corrompe a la niña!

—En realidad, pienso que ocurre al contrario —terció la señorita Wilde, sin levantar la vista de sus apuntes.

—¿Cómo? —se sorprendió la chica—. ¿Lo dices en serio?

—Como que me apellido Wilde —respondió ella—. Estoy casi segura de que

Lolita es la que corrompe a Humbert. Lo seduce y él cae rendido a sus pies.

¿Qué tío no lo haría?

—¡Pero si no es más que una cría! —insistió la otra chica.

—Efectivamente, pero sabe de sobra lo que se hace cuando lo seduce. No es

su primera experiencia sexual; luego él prácticamente come de la palma de su mano. No digo que él actuara bien, pero tienes que recordar que la ve como una chica joven, y por su parte su madurez emocional no supera la de un niño de doce años.

La chica se quedó sin argumentos y bajó la vista.

—Esa es una buena observación —admití.

Aunque las intervenciones a destiempo de la señorita Wilde me fastidiaban, siempre realizaba excelentes aportaciones a los debates. Por lo general, me agradaba tener a

alumnos tan participativos en mi clase para animar los debates.

Solo que en su caso había algo que me crispaba. Por alguna razón, sacaba lo peor de mí.

—Bien, ¿por qué creen que el autor decidió escribir sobre un tema tan

controvertido? —pregunté a la clase.

Algunos levantaron la mano, pero desistieron en cuanto la señorita Wilde

intervino sin permiso. Otra vez. Apreté los dientes. No había duda de que la chica era inteligente, pero ¿por qué no respetaba las reglas como el resto?

Por Dios, es de lo más exasperante.

—¡Señorita Wilde!

Se calló y me miró. Por desgracia, no parecía intimidada en absoluto y se limitó a lanzarme una mirada de extrañeza.

—¿Sí, Stephen? —preguntó amablemente.

—Profesor Worthington —corregí.

Menos mal que el semestre acabará pronto.

Ella se limitó a sonreírme.

—Si no espera su turno para hablar, puede abandonar el aula —dije, retándola

para mis adentros a continuar su perorata.

Hizo una seña para que yo continuara y se reclinó en el asiento con gesto divertido. Pedí a los demás estudiantes que opinaran y recibí unas cuantas respuestas nada inspiradas sobre los tabúes. Una de las chicas llegó incluso a argumentar que el verdadero perverso era el autor. Suspiré y de mala gana di la palabra a la señorita Wilde, que sonrió maliciosamente y se inclinó hacia delante.

—Creo que Nabokov utiliza a los protagonistas a modo de símbolos.

Yo me hacía una idea bastante aproximada de adónde pretendía ir a parar con

eso pues, como siempre, había dado en el clavo. Habría sido mucho más fácil si

simplemente hubiese podido echarla de clase tanto por su ridícula pinta como por sus estupideces, pero no era el caso. Era lista y no tuve más remedio que seguir concediéndole la palabra.

—¿En qué sentido? —pregunté, y asentí.

—Humbert es un hombre mayor y de mundo, pero atrofiado a nivel

emocional. Le gusta la literatura seria y la música clásica. Representa a Europa.

Lolita es joven, marchosa e ingenua. Le gusta la Coca-Cola, la música rock y las

revistas de moda. Está claro que encarna la interpretación del autor de Estados Unidos, la cual no es precisamente halagadora. —Titubeó y sonrió satisfecha—.

Pero igual me equivoco. A lo mejor las motivaciones de Nabokov no iban tan allá. A lo mejor le vino la inspiración una noche en un sueño. —Alzó la vista hacia mí con su sonrisa torcida, y añadió—: Al fin y al cabo, ¿qué hombre maduro no sueña con acostarse con una chica más joven?

Volvió a guiñar el ojo. Puede que yo fuese inexperto en lo concerniente al sexo opuesto, pero no hacía falta ser un genio para entender que la señorita Wilde estaba burlándose de mí. La punta de la lengua asomó entre sus labios.

—Se acabó la clase —dije, y apreté la mandíbula.

Me senté a mi mesa y me puse a recoger los libros.

—Hasta el viernes, Stephen —oí decir a la señorita Wilde al pasar por delante

de mí hacia la salida con los demás alumnos.

Alcé la vista y la observé caminando tan campante con su ridícula

indumentaria. Mis ojos captaron fugazmente algo que asomaba por el borde

superior de su blusa justo por debajo de la nuca: un tatuaje. Mi mirada fue descendiendo hasta su trasero y sus estilizadas piernas, cubiertas por los espantosos pantis. Ella miró por encima del hombro y me dedicó una sonrisa antes de cruzar la puerta.

Cómo no iba a llevar un tatuaje. Salta a la vista que le trae sin cuidado su aspecto o que la tomen en serio. Ojalá usara ropa más favorecedora. Estaría bastante guapa si le pusiera un poco de empeño.

Eché las cosas a mi bolsa y me dirigí a toda prisa al coche. La clase me había

dejado frustrado y contrariado, de modo que decidí ir al gimnasio de camino a casa. Al llegar al coche, vi que tenía una llamada perdida de Matt. Marqué su número y respondió después de sonar varias veces.

—¡Stevie! —dijo en tono cantarín—. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Me has llamado tú.

—Ah, vale. ¿Por qué nunca lo coges?

—Tenía clase. Había dejado el teléfono en el coche.

—Sabes que puedes llevarlo encima, ¿verdad? No se trata de un teléfono para

el coche, aunque entendería que pensases eso.

—¿De qué estás hablando?

—Necesitas un teléfono nuevo. El que tienes es un ladrillo. ¿Sirve para

mandar mensajes?

—Lo sabes de sobra —respondí—. ¿Por qué me has llamado?

—Quiero que salgas conmigo esta noche.

—Es martes.

—¿Y?

—Pues eso, ¿no trabajas mañana?

—Sí, ¿y?

Suspiré.

—Déjalo. No, no puedo salir.

—¿Por qué no, tío? No tienes clase por la mañana.

—Tengo que corregir unos trabajos y terminar un artículo. Además, tenía

ganas de pasar una noche tranquilamente en casa.

—Pasas *todas* las noches tranquilamente en casa —repuso Matt y

prácticamente pude oír cómo ponía los ojos en blanco.

—Bueno, es lo que me gusta.

—Te juro por Dios que no me explico cómo es posible que estemos

emparentados. Eres el tío de treinta y tres años más carga del mundo.

Opté por no puntualizar el hecho de que Matt y yo solamente estábamos

emparentados por el matrimonio de nuestros padres.

—Lo digo en serio —continuó—. Estás soltero y tienes a tiro pibones jóvenes,

pero ¿cuánto hace que no echas un polvo?

¿Quién se acuerda a estas alturas?

—No las tengo «a tiro», como tú dices. Está prohibido salir con alumnas y lo

sabes.

—No estoy hablando de salir —replicó Matt—. Estoy hablando de que

alguien ponga en tu polla una mano que no sea la tuya. ¿No suena fantástico?

—Tengo que irme —dije—. Voy al gimnasio.

—Genial, nos vemos allí en diez minutos —contestó Matt y colgó sin darme

tiempo a protestar.

Fantástico. Justo lo que necesitaba después del día que llevo.